

Mosquita muerta*

Había, no ha muchos años, en las oficinas del Registro Civil, un viejo empleado a quien fue preciso jubilar después de 30 años de servicios no interrumpidos.

¡30 años de escribir actas de defunción, día a día, sin faltar uno; 30 años de repetir el mismo atroz ritornelo fúnebre, con las eternas frases oficiales, en una misma fórmula, con un mismo sello idéntico para expedir “boletas de entrada” a todos los cementerios de la Ciudad de México!

Pues bien, durante todo ese tiempo -una vida entera- aquel viejo escribiente no pronunció en la oficina una palabra que no fuese de las estrictamente necesarias para el despacho, en la sección monótona y triste de defunciones, y aunque llevaba clavada en el rostro una sonrisa apacible, de esas que deben tener en el Reino de los Cielos los bienaventurados pobres de espíritu, no era querido de sus camaradas.

No, no era popular el dulce viejecillo, y eso que entraba a todas las rifas que los más listos escribientes organizaban entonces para los gratos días de “quincena”, y eso que no escatimaba su escote para “parrandas”, días de campo, cuelgas, etc., etc., en las suscripciones que se abrían reiteradamente.

Pero un hombre que paga y no cobra, que cumple espontáneamente con sus deberes y no reclama ningún

* Heriberto Frías, *Antic Novel*, “Mosquita muerta”, *El Imparcial*, t. XIX, núm. 3219 (24 de julio de 1905): 4.

derecho, que no disputa con nadie, que no pide nada, que no protesta ni se rebela ni lucha; que no tiene más voluntad que la que le imponen el Gobierno al que sirve o las mayorías a las cuales obedece, como otro gobierno que no discute; un hombre que se pasa los años de su vida sin contradecir, encarnando una eterna afirmación a cuanto se le propone, que es un “sí” vivo y una resignación sonriente, como era aquel viejo; un hombre tan inverosímil no puede ser, no será nunca popular ni simpático.

Además, no tenía ni un solo vicio, ¿Trabajador?... No mucho; se afanaba sin precipitarse en su tarea de “levantar actas” de defunción, escribiendo muy lentamente pero sin interrumpirse. ¿Por qué durante tanto tiempo no pudo ascender ni logró jamás mención honorífica alguna de sus jefes?...

Es fácil comprenderlo: era tan tímido y callado, y de tal modo miraba a compañeros y superiores con sus ojos claros y tranquilos, al propio tiempo que su boca grande e imberbe sonreía, que se antojaba insolente su actitud, una especie de insolencia tácita y firme que desconcertaba.

—Bueno, pero quiere usted decirme ahora ¿por qué se ríe, González? —le preguntaba a veces, exasperado, el juez del Registro Civil.

—No me río, señor, yo soy así... —contestaba el buen hombre, mirando con ojos serenos al jefe, sonriendo con su eterna sonrisa plácida, desconcertante.

—Oiga usted, Gonzalitos, ¡creo que nos está “tanteando” a todos su Merced, con esa risa de “Mosquita muerta”! — solían decirle algunos camaradas, no pudiendo contener su impaciencia ante aquel extraordinario hombre que parecía dulce y que, no obstante, miraba a todos con una hostilidad sorda, que hacía de su sonrisa un sello de alto desdén.

—Sí, se ríe de nosotros el “Mosquita muerta”, — exclamaban en sus corrillos, o a la hora de la copa, en la cantina, los escribientes.

Naturalmente averiguaron su modo de vivir y menos le quisieron entonces, pues nada misterioso encontraron. Apareció ante los curiosos exasperados una existencia humilde de hombre tímido, de solterón pobre, metódico, sin grandes sufrimientos ni excesivas alegrías, de un inofensivo viejo cuyo único solaz consistía en leer novelas de Fernández y González.

Una vez lograron emborracharlo —¡Como a nada se negaba!— y consiguieron oír de sus labios sonrientes — Sonrientes y, sin embargo, tristes— la vulgar y melancólica historia de una vida sin juventud, sin amor, sin pasiones, sin vicios, de una vida igual y severa, de trabajo y de sombra, sin ambición, sin ensueños, apenas turbada por las diarias miserias y por la inquietudes de quedar sin empleo, conociendo como conocía la guerra solapada de que era objeto.

—Pero, ¿es posible, Gonzalitos? ¿Conque nunca ha tenido usted novia? ¿Conque entonces no conoce usted a las mujeres ni de vista ni de oídas? —le preguntaban.

—Nunca he tenido novia, palabra de honor. Pero sí conozco a las mujeres; cuando me han llevado a verlas, he ido... No me chocan, pero tampoco me gustan tanto que me mortifique por ellas...

Y sucedía que, en efecto, lo solían arrastrar los compañeros a sitios de mala fama, y en ellos el dulce viejecillo era el mismo que en la clínica: a nada se oponía, de nada protestaba, siempre sonriendo, resignado y triste.

Un día fue pintado así, por un camarada de ingenio:

—No es pato ni gallareta, ni masculino ni femenino, ¡es un ser neutro!... ¡Pobre Mosquita muerta!...

Antic Novel